

## Huellas borradas, personas recobradas

Agustín Berti

Martín Iparraguirre

### Figura y fondo

Tres británicos musulmanes, dos de ascendencia pakistaní y uno bangladeshí, sospechados de terrorismo, son detenidos sin cargo por más de dos años en la base militar estadounidense de Guantánamo. En una recreación de su historia, un interrogador le muestra a uno de los jóvenes una foto tomada en un mitín de un líder fundamentalista en Pakistán: le señala un hombre en la multitud con un buzo Adidas y le pregunta si se reconoce a sí mismo y qué hacía allí. El prisionero responde que él dijo que tenía un pantalón Adidas, no un buzo, confusión azuzada por las diferencias entre el inglés norteamericano y el inglés británico del interrogador y del interrogado.

Durante tres años un documentalista registra a una serie de migrantes innominados que procuran entrar sin permiso legal a territorio británico. En la escena más potente de su registro, un grupo de migrantes en torno a una fogata se borra las huellas dactilares utilizando hojas de afeitar y la rosca de tornillos incandescentes. No queda claro si son africanos, magrebíes o de Asia central: la textura granulada de la imagen en blanco y negro, su alto contraste y las focalizaciones del film atentan contra la identificación de rostros o siquiera de etnicidades.

Las escenas alimentan una intuición: el inmigrante no deseado, sin identidad, y el sospechoso de terrorismo, claramente identificado, son dos caras de una misma moneda en la biopolítica contemporánea. *Camino a*

*Guantánamo*<sup>29</sup> y *Que descansan en la revuelta: Figuras de la guerra*<sup>30</sup>

presentan contracaras de la biopolítica contemporánea, la de la extensión de lo

<sup>29</sup> **Título original:** *The Road To Guantanamo*. **Directores:** Michael Winterbottom y Mat Whitecross. **País y año de producción:** Reino Unido, 2006. **Guión:** Michael Winterbottom. **Música:** Molly Nyman y Harry Escott. **Fotografía:** Marcel Zyskind. **Reparto:** Riz Ahmed, Farhad Harun, Waqar Siddiqui, Arfan Usman, Shahid Iqbal, Sher Khan. **Productora:** Revolution Films. **Duración:** 95 min. **Ficción/documental.**

<sup>30</sup> **Título original:** *Qu'ils reposent en révolte (Des figures de guerre)*. **Dirección, guión y fotografía:** Sylvain George. **Música:** Archie Shepp. **País y año de producción:** Francia, 2007-2010. **Productora:** Noir Production. **Duración:** 153 minutos. **Documental.**

114

que Agamben ha denominado *identidad sin personas* y, otra, la de un modo de supervivencia que podría constituir *personas sin identidad*<sup>31</sup>. O en otros términos, la figura a identificar, el terrorista, y el fondo sobre el que se recorta, la masa migrante.

Las identidades de Ruhai Ahmed, Asif Iqbal, Shafiq Rasul y Monir Alí, retratados en *Camino a Guantánamo*, están claras desde el comienzo. En términos alegóricos, su historia podría ser una forma moderna de *nostoi*: como Odiseo emprenden el viaje, sobreviven a la guerra, descienden al Hades y luego quedan varados en una isla sin tiempo hasta que logran regresar. Pero una interpretación del viaje en clave mítica licuaría las dimensiones política y de experiencia de los jóvenes británicos. El viaje articula el relato aunque el título es equívoco: *Camino...* no anticipa la otra mitad de la historia, la del regreso a Tipton, en la región de las Midlands inglesas, el casamiento de Iqbal en Pakistán y la reconversión espiritual de Ruhai. El viaje comienza como una aventura de adolescentes de extracción proletaria que deviene en un *coming-of-age*, uno de los géneros cinematográficos por excelencia para reflejar el paso a la adultez y también una suerte anómala de *road movie*, otro género idiosincrático de la maduración. Después de todo, y a pesar de sus rasgos étnicos, los jóvenes son occidentales y su destino está íntimamente asociado a

su pasaporte europeo. No obstante, por los avatares del viaje, su maduración será política antes que personal, implicará una comprensión de su propia condición, de la particularidad de su identidad debida a su ciudadanía británica pero también a su fe musulmana y sus ascendencias migrantes, originadas en un orden geopolítico que, perimido, está subyugado a una nueva hegemonía imperial. Ese tránsito hace que el film de Winterbottom y Whitecross tenga demasiadas caras, más de las que parece<sup>32</sup>.

El tema político recurrente del cine norteamericano de comienzos de siglo ha sido la “guerra contra el terror” y los dilemas morales ante la necesidad percibida de preservar a la población de una amenaza latente. El terrorismo ha sido la carta blanca para poner en suspenso los derechos humanos universales, tema sobre el que se edificó su mejor tradición de films políticos (o al menos

<sup>31</sup> Este concepto que complementa a la “persona sin identidad” agambeniana ha sido presentado en otro trabajo que aborda la representación fotográfica de los migrantes. Cf. Berti, A. y Torrano, A. “Politics of (un)document. Immigrants and photographic devices in Seba Kurtis” postdocumentary photography”, *Interventions*, vol. 15, tomo 4, 2014.

<sup>32</sup> Podría decirse que trata de un *docudrama*, esa difusa zona donde el registro documental se refuerza a partir de ficcionalizaciones. Consideramos más interesante pensarlo como parte de un tríptico de Winterbottom sobre migración, globalización y biopolítica, que completan la ficcionalización *En este mundo* (2002), que recrea el viaje de dos refugiados afganos desde Pakistán a Londres a través de las redes de trata de personas, y la ficción distópica *Código 46* (2006), que traslada el problema de las nacionalidades a un futuro no tan lejano. Los temas recurrentes son la ciudadanía y el cruce de fronteras.

115

una de sus vertientes, la legal). Un tradición que va de *12 hombres en pugna* [*12 Angry Men*] (1957) y *Matar un ruiseñor* [*To Kill a Mockingbird*] (1960) a *Crimen verdadero* [*True Crime*] (1999). La irrupción del enemigo externo sirve de excusa para dejar de lado los dilemas éticos y políticos, desde posiciones predominantemente liberales (en el sentido estadounidense del término) y subordinar el arte cinematográfico a la avanzada neoconservadora, cuyo ejemplo más elocuente es *La noche más oscura* [*Zero Dark Thirty*] (2012). Si bien los crímenes de guerra han recibido atención frecuente, especialmente los de Vietnam y los de Irak -desde *Pelotón* [*Platoon*] (1986) y *Pecados de guerra* [*Casualties of War*] (1989) a *Samarra* [*Redacted*] (2007)-, el rol del Estado ante la supresión de derechos básicos para definir lo humano en aras de la seguridad de la población no ha recibido una atención relevante, con la excepción de *Contra el enemigo* [*The Siege*] (1998), que presenta el encarcelamiento preventivo de jóvenes de ascendencia árabe bajo un estado de sitio justificado por una amenaza terrorista en Brooklyn. De modo lateral, también el tema es abordado en *Mientras nieva sobre los cedros* [*Snow Falling on Cedars*] (1999), que aborda los campos de internación de japoneses en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. La prisión de Guantánamo introduce un limbo difícil de tematizar. Acaso el intento más claro de representar la condición extraordinaria de los acusados de terrorismo sea *El sospechoso* [*Rendition*] (2007), de Gavin Hood.

Con todo, la anomalía presentada por Guantánamo no ha sido cabalmente abordada desde los atentados a las Torres Gemelas, que fueron el disparador de un nuevo paradigma biopolítico que modificó no sólo las políticas securitarias sino también las migratorias. La política securitaria se propone recortar la figura del terrorista sobre el fondo difuso de los migrantes. Éste es un extranjero especial dotado de una identidad discernible, particularizable, la que -a diferencia del migrante- lo vuelve “culpable”, aunque es también portador de un antídoto, la información que permitirá prevenir nuevos atentados, salvar la vida de la población. El presunto terrorista es entonces un *pharmakon*, veneno y cura. Y la imaginaria filmica norteamericana se cierra sobre sí misma en el

falso dilema de la tortura: suprimir lo humano para preservar lo humano. La solución reaccionaria al dilema es que la extranjería les permite separar humanidad de ciudadanía<sup>33</sup>.

Uno de los aspectos más problemáticos de tal “anomalía” de los campos en los que rige el estado de excepción, como sin ingenuidad eligió considerarla

<sup>33</sup> El dilema se extrema en *El día del juicio final* [*Unthinkable*] (2010) y series televisivas como *Homeland* y *Rubicon*: el riesgo del norteamericano blanco converso al Islam como fuente del peligro a la población. La discernibilidad del ciudadano frente al terrorista emerge como nuevo riesgo de las democracias liberales a la hora de conjugar la libertad de credo y el derecho a la vida.

116

Tony Blair, estriba en la figura del “combatiente extranjero”, a quien la guerra contra el terror de la administración Bush no le reconoce las garantías establecidas por el III Convenio de Ginebra relativas al trato debido a los prisioneros de guerra. Nos interesa proponer aquí una lectura a contramano de las interpretaciones más establecidas en torno a la guerra al terror. A la inversa de lo que plantea Giorgio Agamben en este punto, consideramos que la administración de la población para su propia preservación característica de la biopolítica cede a una política securitaria. Se trata de un cambio sustancial signado por la irrupción de una sucesión de leyes que suspenden los derechos básicos de las personas, entre las que se destaca la *Patriot Act*, que autoriza la detención indefinida de sospechosos de terrorismo, con ciertas limitaciones para el caso de los ciudadanos estadounidenses. La identidad de la persona que hace del cuerpo administrado un cuerpo identificable y jurídicamente responsable cobra una vigencia renovada, una nueva dimensión política.

Para el filósofo italiano, la contigüidad entre democracia y totalitarismo está en la base de la “politización de la vida”, que supone una convergencia de la biopolítica foucaultiana con la política totalitaria arendtiana. De este modo, Guantánamo emerge como el arquetipo del “campo de concentración como puro, absoluto e insuperado espacio de la biopolítica”<sup>34</sup>. Si nos detenemos en el hecho de que el campo concentra a los supuestos combatientes extranjeros que amenazan a los ciudadanos, cabe recordar que el propio Agamben sugiere que una novedad del desarrollo de las democracias occidentales es que el nacimiento se vuelve portador de soberanía, “la ficción implícita aquí es que el nacimiento se haga inmediatamente Nación”<sup>35</sup>. El extranjero como dato biológico identitario deviene inmediatamente dato político. Sin embargo, la politización de la vida puede darse en dos sentidos distintos que es necesario especificar. El primer caso es el de la identidad. El aparato securitario construye la identificación a partir de la inscripción de un cuerpo en un lugar y tiempo determinados, asociados a una historia de vida que le es propia, pero lo hace en el marco creado por una red técnica (de los mecanismos institucionales como documentos de identidad, tarjetas de crédito, huellas dactilares, marcas dentales o número de teléfono, a los registros técnicos como fotografías, filmaciones, bitácoras de actividad on-line). La identificación del cuerpo marcado como terrorista (o criminal en un sentido laxo) es diferente de la padronización, donde los cuerpos migrantes se presentan como un flujo, un problema propio de la administración del territorio, junto con otros fenómenos que pueden ser, por ejemplo, climáticos, sanitarios o bursátiles. Éste es el segundo caso, el de la condición migrante, centrada en la gestión de grupos de riesgo, donde la identidad es menos relevante y puede incluso ser directamente desconocida, ya

<sup>34</sup> Agamben, G., *Homo Sacer*, Pre-Textos, Valencia, p. 155.

<sup>35</sup> *Ídem.*, p. 162.

117

que las identidades no son su objeto privilegiado (aunque se recurra a ellas para

la administración del flujo).

A partir de un mismo eje, el viaje, los films plantean estos dos casos complementarios pero introducen algunas novedades que relativizan la idea agambeniana de los Estados occidentales modernos como Estados casi totalitarios. Ni el Campo X-Ray en Guantánamo ni los centros de detención de Coquelles y Lesquin que alojan a los migrantes en *Figuras...* podrían ser considerados ejercicios de una tanatopolítica como sí lo serían los campos de exterminio de la Alemania nazi. La equiparación inmediata, la confusión de la política europea o la política exterior norteamericana con el fascismo, es un facilismo que no permite aprehender los desafíos de la política tras la declaración de los derechos del hombre, ante dos fenómenos conexos: la creciente aceleración de la técnica y la de los flujos migratorios. Las políticas migratorias y securitarias de las democracias occidentales contemporáneas indudablemente producen muertes (desde las ejecuciones extrajudiciales con aviones no tripulados hasta las muertes en la intemperie, por causas “naturales”, ocasionadas por el cierre de fronteras). El dispositivo securitario opera mediante la administración diferencial de la vida. Esto significa que hay separaciones entre *vidas valiosas* y *vidas sin valor*, entre *vidas vivibles* con muertes lamentables y vidas inhumanas que merecen ser lloradas, como propone Butler<sup>36</sup>, pero eso no alcanza para equiparar estas políticas a una solución final. Acaso la diferencia esté en la dimensión fundamental e inevitablemente técnica de la vida. Jean-Luc Nancy señala que no hay, ni hubo, división entre *bíos* como vida reconocida y protegida por un orden político legal dado y *zoé* como mera vida biológica. Por el contrario, afirma, siempre hubo una vida, indivisa que siempre fue *techné*<sup>37</sup>. En este sentido cabe pensar el lugar del migrante y el terrorista como insumos de dos dispositivos técnicos colindantes. Adelantando las hipótesis, el fondo migrante es un flujo necesario para el funcionamiento de las economías, por lo cual su exterminio no es deseable, incluso para aquellos que prefieren la existencia de grados de ciudadanía. Del mismo modo, la aniquilación de la figura del terrorista tampoco es deseable, ya que es el portador de información privilegiada: esa doble situación, el flujo de fuerza laboral sin ciudadanía y el informante, cuya identidad valida la información que posee, como un activo a conservar (un *asset*, en la jerga securitaria), son los aspectos que nos interesa comparar en las películas.

La aplicación de las tecnologías y dispositivos originalmente diseñados para las “clases peligrosas” sobre todos los ciudadanos indica que el Estado, el

<sup>36</sup> Butler, J., *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*, Paidós, Buenos Aires, 2006; *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Paidós, Buenos Aires, 2002.

<sup>37</sup> Nancy, J-L., *La creación del mundo o la mundialización*, Paidós, Barcelona, 2003.

118

espacio central de la política moderna, transforma al ciudadano en sospechoso. Esta gradual animalización del hombre señalada por Michel Foucault es lo que Agamben denomina *nuda vida*. El concepto refiere a la zona de indistinción entre una vida tanto protegida y reconocida por un orden político y legal (*bíos*) y la vida meramente biológica (*zoé*). La *nuda vida* es una vida para la cual el reconocimiento como tal y la protección legal están suspendidos. Por ello, es reducida a una “pura vida biológica”, que está expuesta a violencia extranormativa

<sup>38</sup>. Sin embargo, sería ingenuo aceptar que todos los sospechosos son objeto de la misma sospecha y que distintas ciudadanía (es decir distintos reconocimientos por parte de distintos órdenes políticos y legales) no restringen o amplían los alcances de tal violencia.

#### **Guantánamo: la vida como activo táctico**

Resulta difícil sostener que las vidas de los prisioneros del Campo X-Ray no

tengan valor. Más bien, sus vidas, al menos en la creencia de los funcionarios que lo administran, brindan una posibilidad para preservar las vidas de aquellas poblaciones que sí importan (es decir, las de las naciones occidentales), al poseer información relevante para la seguridad de los Estados. En esto estriba la diferencia entre los prisioneros de los campos de exterminio y los de la guerra contra el terror: los segundos constituyen un activo estratégico. Si bien los campos de exterminio constituyeron una racionalización radical del antisemitismo de la cultura nazi, al organizar de manera científica la matanza de los prisioneros en un proceso de degradación que llegó a incluir la explotación de su fuerza de trabajo para abastecer al propio Estado alemán como la forma más perversa de tortura; el caso de los presos de Guantánamo se diferencia en que sus cuerpos revisten aquí otra condición: no se trata de mutilar o agotar su energía vital sino justamente de mantenerla en niveles aceptables para posibilitar el acceso a la información. El cuerpo se vuelve entonces un territorio central para la aplicación de diferentes formas de tortura que permitan quebrar la resistencia y acceder a la información. Mientras el nazismo exprimía racionalmente el cuerpo de sus víctimas, insertándolos en un proceso industrial cuyo diseño -aún hoy paradigma oscuro de la razón instrumental- suponía su deshumanización absoluta al punto de entenderlos como un insumo de la maquinaria estatal, mero combustible a ser consumido en el mejor de los casos; en Guantánamo la vida de sus presos sigue revistiendo el valor central del informante, de aquél que porta un conocimiento específico esencial para las autoridades que deben mantenerlo vivo. Además, esos presos tienen un valor estratégico como forma de advertencia y amedrentamiento a los potenciales opositores al Estado norteamericano, que en pleno siglo XXI ha hecho del terror

<sup>38</sup> Agamben, G., *op. cit.*

119

una forma de salvaguarda de su primacía mundial. Y, por último, como prendas de futuras negociaciones con naciones o milicias enemigas<sup>39</sup>, o incluso como espacio para la autolegitimación en el escenario internacional con gestos que denoten magnanimidad. Al Estado norteamericano lo que menos le conviene es perder esas vidas, cuyos portadores tal vez prefieran morir a seguir viviendo su calvario en los trópicos. La vida sin valor es en todo caso la víctima del daño colateral y los enemigos muertos por las ejecuciones extrajudiciales de los vuelos no tripulados. Los presos de Guantánamo poseen identidades precisas, se recortan sobre el fondo que construye la categorización estatal ante la masa poblacional no occidental. De allí la incomodidad que suponen los tres ciudadanos británicos ante una política securitaria que se pretende pos-racial.

### **Calais: tácticas de frontera**

A pesar de *la muerte de la experiencia* señalada por Agamben<sup>40</sup>, podemos oponer otras formas de *experiencia*, como es el caso de los inmigrantes ilegales durante los *instantes de peligro* que marcan su existencia diaria en el limbo jurídico de la ilegalidad en que sobreviven<sup>41</sup>. Podemos referirnos a esto como *experiencia fallida* (por oposición a *la muerte de la experiencia*), dado que los sujetos no pueden inscribir su vivencia en la tradición (y con ello ingresar a la esfera de la comunidad, en la cual se vuelve política)<sup>42</sup>. Con todo, estos eventos tienen una intensidad que afecta profundamente sus vidas sin que éstas se vuelvan un shock inasimilable, a diferencia del fárrago de eventos de la vida cotidiana en el mundo occidental que indica Agamben. Dado que los inmigrantes son sujetos ubicados en el umbral de la inclusión y la exclusión,

<sup>39</sup> Esto efectivamente sucedió el 31 de mayo de 2014 con la liberación del sargento estadounidense Bowe Bergdahl, prisionero del grupo islamista Haqqani a cambio de cinco detenidos afganos de Guantánamo, los ex funcionarios del régimen talibán depuesto Mohammad Fazl, Khairullah Khairkhwa, Abdul Haq Wasiq, Norullah Noori y Mohammad

Nabi Omari, enviados a Qatar.

<sup>40</sup> Radicalizando las tesis de “El narrador” y “Experiencia y pobreza” de Walter Benjamin en las que se presenta la incapacidad de “trasmitir la experiencia” como rasgo determinante del mundo capitalista, el filósofo italiano asevera que en el presente asistimos lisa y llanamente a una “muerte de la experiencia”. Agamben, G., *Infancia e historia: destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2003.

<sup>41</sup> Concedamos aquí a una extrapolación algo forzada de la indicación histórica benjamínea de ese modo de conocimiento histórico a una circunstancia de riesgo de vida personal (o grupal) determinada. En su formulación original los vencedores pueden fagocitarse aún la otra versión del pasado, por lo que esta idea del peligro está vinculada con que ni siquiera los muertos estarán a salvo. La propuesta de una *experiencia fallida*, en todo caso, señala la fragilidad de este modo de experiencia migrante, que no sólo es apropiable por los vencedores, sino que también es de muy difícil transmisibilidad entre los vencidos, como discutiremos más adelante.

<sup>42</sup> Cf. Berti, A. y Torrano, A., *op. cit.*, p. 15.

120

incluso la vida en la ciudad no les garantiza pertenecer a la misma. La experiencia de los inmigrantes es la de una fragilidad permanente, de un perpetuo despojo.

Los inmigrantes indocumentados están privados de sus derechos civiles, el único futuro que entrevén si el dispositivo securitario los detecta es la detención temporaria y su posterior deportación. Los inmigrantes “sin papeles” sufren una violencia especial que permite, mediante la ley, establecer quién es *persona* y quién no. Agamben define la *identidad sin persona* como el resultado de las transformaciones operadas en la identidad por las tecnologías de vigilancia, generando una situación inédita: la identidad deja de ser una función de la *persona* social y su reconocimiento por los demás, y pasa a ser una función de la información biológica, con la que puede no tener relación alguna<sup>43</sup>. Emerge así una separación entre identidad y persona, donde la primera cobra mayor importancia. Los inmigrantes indocumentados implican un fenómeno de signo opuesto. Un inmigrante “sin papeles” es una *persona sin identidad*, una persona que reconoce socialmente su condición de migrante mediante la experiencia de la fragilidad, pero que carece de reconocimiento legal: sólo se lo registra negativamente, por su ilegalidad.

*Que descansan en la revuelta: Figuras de la guerra* es un documental de denuncia y un ensayo poético, una obra que desafía los cánones conceptuales que suelen encuadrar a estos tipos de filmes, tanto políticos como estéticos, pues registra una batalla sorda por la supervivencia en el centro del primer mundo de una manera subversiva: aquí, la política está también en la forma y no sólo en el contenido. No se trata meramente de testimoniar la lucha de los inmigrantes ilegales que intentan cruzar el puerto de Calais, al norte de Francia, paso central del Canal de la Mancha para llegar a Inglaterra, como ocurre en la ya mencionada *En este mundo*, de Winterbottom. En este caso cobra especial relevancia el espacio de la espera, una suerte de limbo dividido entre el hambre y la violencia legal ejercida por el aparato migratorio de un Estado occidental sobre personas no occidentales. George va más allá al revolucionar las formas del documental poético<sup>44</sup> y componer un filme por momentos alucinatorio, que no pareciera transcurrir en esta tierra, casi una película de “ciencia ficción”. No resulta extraño que la pesadilla técnica de las fronteras modernas remita al género *a priori* más alegórico del cine (y el más alejado del documental).

Ejercicios de experimentación estética, tanto *Figuras...* como su continuadora, *Les éclats (Mi boca, mi rebelión, mi nombre, 2011)* proponen un extrañamiento de la percepción habitual del mundo mediante diferentes dispositivos técnicos - como el uso del video en blanco y negro fuertemente contrastado-, que presentan de otro modo aquello que es estereotipado por las imágenes que

<sup>43</sup> Agamben, G., *Desnudez*, Anagrama, Barcelona, 2011.

circulan en los medios de comunicación. Filósofo y activista social, George entiende que la dislocación política de un imaginario estigmatizador depende del modo en que se presentan las imágenes, su ventana al mundo es por tanto directa pero fragmentaria, poética al mismo tiempo que cruda, conmocionante pero de una belleza radical, testimonial y abstracta: el director apela a un abanico de posibilidades para representar el mundo de una forma nueva, en correspondencia con las condiciones de la vida migrante. Lo central en la película, rodada durante tres años en los márgenes de Calais, es que está filmada desde el punto de vista de los desplazados, desde la más profunda intimidad con esos seres a la deriva, *personas sin identidad* destinadas a enfrentar una guerra cotidiana contra las políticas de administración del flujo migrante.

No hay narración que normalice lo que se ve. Ninguna voz en off articula el relato, apenas se sugiere una dirección posible con una cita de *Para una crítica de la violencia* de Walter Benjamin al comenzar el film<sup>45</sup>. El plano inicial muestra, en un blanco y negro granulado, un alambre de púas; le siguen planos generales de montañas aparentemente rodados también en 16 milímetros, intercalados a veces por exposiciones directas al sol o alguna fuente de luz (acaso una referencia a los caminos transitados por los migrantes o sus antepasados). Pronto aparece (siempre en blanco y negro, pero sin granulado) un grupo de jóvenes no europeos perseguidos por fuerzas policiales en una plaza pública. De allí en más, George no se despega de los migrantes, conviviendo con diferentes grupos en su intimidad, registrando sus vidas a la intemperie, sus estrategias de supervivencia, sus anhelos, pesares e ilusiones. Pero no hay historias de vida que ofrezcan contexto, como tampoco un relato organizado cronológicamente que desarrolle una narración para conocerlos, identificarlos. Hay algunos momentos nodales, como cuando se filma el modo en que estos hombres se queman y laceran los dedos para borrar sus huellas digitales y eludir así una posible identificación de la aduana. O en el capítulo final, cuando se registra la resistencia pública de los migrantes afganos, desplazados por una guerra (en la que Francia e Inglaterra participaron a través de la OTAN), instalados en un asentamiento denominado “la Jungla”: la organización colectiva logrará atraer a los medios, pero así y todo los subordinados de Sarkozy no dudarán en aplicar una represión brutal y destruir el campamento. Otro punto de alta intensidad es cuando George acompaña los intentos de los inmigrantes por cruzar el llamado Eurotúnel, escondiéndose en la base de un camión de transporte o saltando los alambrados del puerto. El blanco y negro fuertemente contrastado de la estética de la película llega a desdibujar las líneas de los rostros y los cuerpos para componer verdaderos

<sup>45</sup>“La violencia divina, insignia y sello, jamás medio de ejecución sagrada, podría llamarse, la reinante”. Benjamin, W., *Para una crítica de la violencia*, Taurus, Madrid, 1998, p. 45.

fantasmas (políticos): el resultado del registro filmico es inutilizable para los aparatos migratorio y, mucho menos, securitario. Por la intensidad de las experiencias, por el trato cotidiano con su supervivencia, la cámara registra personas cuya identidad es accesoria. *Figuras...* hace de la realidad una abstracción y desde el artificio inaugura una nueva forma de representación política. Y por eso es significativo el uso que hace de la imagen “bella”: planos del mar, la luz, los animales o la naturaleza se intercalan con el registro de los migrantes, propiciando un montaje dialéctico que recupera su condición de personas. Otras veces, la lectura estará dada por el mismo plano, capaz de unir en un encuadre a los fastuosos cruceros franceses con los inmigrantes

durmiendo en las calles del puerto. El efecto de estos procedimientos es que la película alcanza un nuevo grado de verosimilitud, que produce un testimonio de la batalla de los hombres por el derecho a la vida que esquiva la ilusión de transparencia del documental.

La digitalización de los sistemas migratorios implica una serie de desafíos políticos que redundan en un creciente poder de control y registro para los Estados. En este contexto, la producción de imágenes que subviertan los dispositivos que administran el flujo migrante ofrece una oportunidad novedosa para pensar los límites de la representación y tomar posición *ante y desde* los propios dispositivos técnicos de reproducción. Esto implica considerar la necesaria relación entre dispositivos técnicos y dispositivos de control para poder postular una contra-representación. La representación de la migración es un campo en disputa, tanto política como estética, y requiere una crítica de los dispositivos de registro así como de la imagen documental “estetizada” para poder producir representaciones que trasciendan los límites del Estado y del régimen estético. Recuperar la persona del migrante al mostrar cómo borra su identidad es el modo en el que se resuelve dicha apuesta. La precariedad de la experiencia de los migrantes ilegales no es sólo el tópico del film, la saturación y la sobreexposición señalan una conciencia total del dispositivo de registro y un desafío a sus propios límites. Tales decisiones también desafían las representaciones de migrantes producida por los dispositivos de control del Estado (los antecedentes que pueden asociar una identidad a un cuerpo, la del deportado reincidente) pero también la imagen general del flujo migrante que producen los dispositivos de registro televisivo, con cuyas texturas las imágenes de George disputan. En el Estado como dispositivo, la deportación es una función regulatoria del flujo poblacional ejecutada por los agentes de policía y migraciones, del mismo modo que los camarógrafos del programa de televisión que registran la revuelta de los migrantes ejecutan la función inscrita en el programa de la cámara. George, por el contrario, ubica su operación desde un programa inverso tanto en su posición política como en su propuesta estética (dentro del género documental y también dentro del dispositivo técnico de registro):

123

El cine es un medio cuyos recursos profundos (juego sobre el tiempo y el espacio) permiten desnudar los mecanismos que actúan en las representaciones dominantes y mediante ellos mismos, iniciar un proceso de emancipación, un procesos revolucionario en el sentido profundo del término: la capacidad, en cada momento, de poder cambiar el curso de las cosas<sup>46</sup>.

### **Frontera y *techné***

Para poder criticar la premisa bio-política concedamos que sólo es posible ser humano en la técnica. El mito del buen salvaje es apenas eso, un mito, como lo es el de un hombre pre-técnico, previo a la caída. Toda organización política es una organización técnica, y sobre todo en los estados modernos, donde la identidad es el dato que inscribe al hombre como ciudadano (y lo vuelve objeto de una biopolítica). La biopolítica puede administrar técnicamente la vida pero a partir de “identidades”. Por lo que borrarlas también subsume la dicotomía *bíos/zoé* en una *techné* de dirección opuesta. Si hay una política *de* los migrantes, ésta parte de su capacidad de acción *ante y en* la esfera de la técnica (sea burlando las fronteras o burlando los clichés de las representaciones estandarizadas, en parte por las posibilidades del propio dispositivo de registro, pero también generando sus propias redes técnicas)<sup>47</sup>. Las vidas son valoradas como información biológica registrable a partir de la cual son reconocidas por

<sup>46</sup> George, S., “Las amistades extranjeras (carta al Bafici)”, disponible en

<http://micropsia.otroscines.com/2011/04/bafici-carta-de-sylvain-george-las-amistadesextranjas/>  
con acceso el 12/06/14.

<sup>47</sup> Y en este punto cabe preguntarse si el atentado terrorista es una acción técnica que conforma una tecnicidad y una politicidad propias o si se trata de una acción inscrita en el diseño de los dispositivos. Pensemos, por ejemplo, en la utilización del transporte aerocomercial y su combustible para demoler como ocurrió en los atentados del 11 de setiembre de 2001. El problema, que excede largamente este trabajo, es si esa acción es una acción técnica y, de serlo, una de qué tipo, ya que a priori no parece insertarse en una red técnica mayor. Una teoría de la técnica que conceptualice los usos no previstos sería un aporte interesante para la teoría política, siempre que aceptemos la necesaria tecnicidad de toda politicidad. El punto de esto es señalar los riesgos de una mirada determinista de la técnica pero también de una mirada instrumentalista que asuma su neutralidad. Con todo, ese uso no previsto sería propio de un “terrorista”, es decir, en la categorización securitaria, aquel cuerpo cuya identidad permite adjudicar la autoría de determinadas acciones técnicas que resultan lesivas para la población que se procura proteger. El “sospechado de terrorismo” tiene aquí un estatuto diferente y que ya hemos desarrollado.

En relación al otro estatuto, el del “migrante”, acaso podamos sugerir que sí construye una red técnica solidaria pero provisoria, por lo que la misma no logra conformar una política. Esto se debe a que su objetivo último (y paradójico) es sortear las fronteras y eventualmente acceder a una “identidad” que le permita formar parte de la red técnica que sostiene la red política de los Estados modernos del occidente próspero.

124

el Estado. En última instancia, es esto lo que permite la administración diferencial de los migrantes deseados y los indeseados, expulsando a los segundos de la vida en la ciudad. Los inmigrantes ilegales no pueden “hacer experiencia” en medio de la precariedad y, sin embargo, paradójicamente, la ilegalidad se vuelve uno de los pocos lugares no normalizados donde puede hacerse una experiencia genuina en un mundo cada vez más administrado mediante dispositivos (solo que por estar expulsados, la experiencia migrante corre el riesgo constante de ser intransmisible).

Se trata de una *experiencia fallida* que la tradición no puede incorporar, ya que no se deja que los extranjeros crucen las puertas de la *polis*, constituyendo un modo particular de la experiencia que pueda devenir político. De todos modos, la mera posesión de, al menos, una experiencia fallida permite a los inmigrantes ofrecer una resistencia involuntaria a la “identidad sin persona” propiciada por los dispositivos de control. En una intervención pública, a propósito de las crecientes medidas de control migratorio adoptadas por los Estados Unidos tras los atentados del 11 de setiembre de 2001, Agamben sugirió que el archivo y digitalización de las huellas digitales y la retina al ingresar al país demostraban que el campo de concentración era el nuevo paradigma biopolítico contemporáneo. Hemos señalado antes nuestro desacuerdo con esta línea argumental por la primacía de una racionalidad técnica por sobre una tanatológica que ambas películas presentan: la administración del fondo y el recorte de la figura. Con todo, queremos resaltar un aspecto sobre el efecto de los nuevos dispositivos de control señalado en dicha intervención:

El archivo electrónico de huellas digitales, impresiones de retina y tatuajes subcutáneos, así como otras prácticas del mismo tipo son elementos que contribuyen a definir este umbral. Las razones de seguridad que son invocadas para justificar estas medidas no deberían impresionarnos: no tienen nada que ver con esto. La historia nos enseña cómo las prácticas que primero se reservan a los extranjeros luego resultan aplicadas al resto de la ciudadanía<sup>48</sup>.

Hay varios aspectos a remarcar. En primer lugar, en el marco de la guerra contra el terror, el uso de las tecnologías digitales para la identificación presenta al sospechoso de terrorismo y al migrante como caras de una misma moneda. A diferencia de la lectura agambeniana, la racionalidad técnica permite postular

un flujo a ser regulado y otro a ser interceptado y cooptado. El temor que se señala en la cita es la extensión del extranjero al ciudadano, lo que se constata en la existencia de una “identidad sin persona” propuesta por Agamben. Acaso *Camino...* y *Figuras...* propongan alternativas políticas diferentes ante este

<sup>48</sup> Nuestra traducción. “No to Bio-Political Tatooning”, *Le Monde*, 10 de enero de 2004, disponible en <http://www.ratical.org/ratville/CAH/totalControl.pdf> con acceso el 12/06/14.

125

nuevo paradigma. El modo de representación en sí mismo hace que las opciones de los directores vayan más allá de la mera ilustración de conceptos. En *Camino...* la tensión que genera el montaje de material de archivo televisivo, entrevistas y una banda sonora que alterna la narración en primera persona como recontextualización de las imágenes con aparición de una voz en *off* al final, propicia una inversión de la aplicación de la identidad sin persona que lleva a cabo el aparato securitario. Se restituye a través de la historia de vida la persona a la identidad. La experiencia de viaje que puede ser asimilada y que en los tres amigos deviene una experiencia política. El comienzo de la película presenta esta oposición. A la conferencia conjunta de Bush y Blair, en la que el primero afirma ante la mirada aprobatoria del segundo que “lo único que sabemos con certeza es que esta gente es mala gente”, se sucede inmediatamente una toma de Asif lavándose los dientes y preparando su bolso. La disputa entre la identidad que el aparato securitario detecta y la historia de vida de las personas que caen dentro de su lógica presenta una particularidad. En *Camino...* la absolución viene justamente desde la biopolítica. El hecho de haber estado trabajando en Inglaterra y de haber estado en libertad condicional supervisada les permite a los jóvenes confirmar que su persona no se corresponde con la identidad que se le adjudica, con el dato que los ubica en Pakistán. El terrorista termina siendo una identidad sin persona. Y como la entidad que existe para el Estado no se corresponde con el cuerpo, el modo de resistir políticamente al aparato securitario es mediante la restitución de la persona a la identidad. La historia de vida, la experiencia transmisible que el viaje deja a Ruhul Ahmed, Asif Iqbal y Shafiq Rasul es el modo en el que *Camino...* propone una forma que se corresponde con su contenido y excede la ilustración o la denuncia.

En *Figuras...* por el contrario, asistimos a un fenómeno diferente: el borramiento de las huellas digitales<sup>49</sup> hace de los migrantes “personas sin identidad”, contraccaras del ciudadano, la identidad sin persona que resulta del modo de administración biopolítica. Si Winterbottom y Whitecross optan por la restitución de la persona a la identidad mediante la narración de la historia de vida detrás de la identidad del sospechoso de terrorismo, y para ello establecen un vínculo en la pantalla entre el índice (el actor de la ficcionalización) y lo representado (el verdadero prisionero de Guantánamo), la propuesta de George puede ser considerada más radical: presenta, en tránsito, “personas sin identidad”, que se despojan de los datos identitarios para poder sostener su derecho a la vida. La sola existencia del migrante irregular señala la insuficiencia en el crecimiento del Estado para garantizar los derechos o la hipocresía de su política, en la que la administración del flujo de mano de obra

<sup>49</sup> Y que hace cien años no hubiera sido dato de identidad, con lo que la resistencia queda históricamente inscrita en una historia de luchas que es también la historia de las técnicas.

126

barata replica la falta de acceso a la *polis* por parte de los esclavos. A propósito de su film y de la imbricación entre contenido y forma, entre sus decisiones éticas y sus posiciones estéticas, George afirma:

Finalmente, la película opera una inversión dialéctica del orden de las cosas. Si la Unión Europea considera al inmigrante como una bomba

de tiempo (como se indica a partir de una cita a la mitad del film), la película responde convirtiéndose en una bomba de tiempo: un espacio-tiempo singular que destruye las percepciones y concepciones dominantes; un espacio-tiempo de insurrección, que compone y diseña otro plano de inmanencia, más justo y ético, tan necesario como real<sup>50</sup>.

El problema de fondo que parece radicar en la obra de George es que el instante de peligro del migrante a partir del cual se construye la resistencia es efímero (o al menos los migrantes aspiran a que lo sea). El desafío del migrante a los aparatos biopolíticos migratorio y securitario ocurre en el tránsito, pero en un tránsito en el que no hay resquicio efectivo para una vida política y corre el riesgo del gesto estéril ya que el migrante abandona su tierra para asegurar su vida, para alcanzar la estabilidad que provee la tarjeta de residencia o el derecho a asilo. La resistencia, el tránsito, son espacios de una experiencia que no constituye una política en la medida en que esa experiencia resulta intransmisible, una experiencia fallida propia de la persona sin identidad, que acaso se vuelva política una vez que el tránsito concluya, cuando el migrante cruce la frontera, resista al aparato migratorio y alcance el estatuto de residencia legal, que es en última instancia a lo que los migrantes aspiran. Acaso en esa instancia pueda pensarse que, en un recorrido inverso al de los tres prisioneros de Guantánamo, se recupere la identidad para la persona.

<sup>50</sup> Carta de Sylvain George en agradecimiento al premio a Mejor Película de la Competencia Oficial de Buenos Aires en el Festival de Cine Independiente (Bafici) 2011, por *Figuras de la guerra*. Se puede leer completa en: <http://ojosabiertos.otroscines.com/la-carta-de-georgefiguras-de-la-guerra-2/>

127

128